

ARTURO LODEIRO SÁNCHEZ, EL ANARQUISTA DE LOS OJOS VERDES Y LA SONRISA ETERNA.

Arturo Lodeiro Sanchez, the green-eyed anarchist with the eternal smile.

Rafael Calero Palma (*Escritor*).



Lám. 1.- Dibujo de Arturo Lodeiro realizado en la cárcel.

El dibujo que ilustra esta historia fue hecho por un hombre que tenía los días contados, un hombre sobre el que pendía una terrible espada de Damocles, un hombre sobre el que pesaba una sentencia de muerte que, finalmente, se acabó cumpliendo el día 27 de abril de 1940. Ese hombre se llamaba Arturo Lodeiro Sánchez.

Arturo había nacido en Valladolid, la víspera del Día de Reyes del año 1905, en el seno de una familia burguesa, católica y de derechas. Hijo y hermano de militares —su padre, Manuel Lodeiro Frey, había sido condecorado por Alfonso XIII, aunque más tarde, el general Franco le retiraría la condecoración— que muy poco, por no decir absolutamente nada, hicieron por salvar la vida de Arturo, salvo recomendarle que tuviera confianza en Dios, como hacía una de sus hermanas, Isabel, en una carta que le

escribió el día 22 de septiembre de 1939, aun a sabiendas de que Arturo era ateo: *Confía. No desmayes. Cuando sientas desfallecer tu ánimo, pon los ojos en el cielo, allí está Él, que todo lo puede*, le aconsejó su hermana.

Con la instauración en España de la dictadura del general Primo de Rivera, la vida de Arturo, que por su cuna pertenecía a la burguesía, es decir, al grupo de los que disponían de privilegios desde tiempos inmemoriales, de los que a diario tenían buenas ropas y comida en su mesa, de los que habían tenido oportunidad de ir a la escuela y adquirir una cultura, da un giro ideológico de ciento ochenta grados. Arturo se cambia de bando, impregnándose hasta la médula de los principios libertarios, que propugnan una sociedad nueva basada en la libertad individual y la abolición del Estado, una sociedad sin clases dominantes ni dominadas, sin dinero y sin propiedad privada, una sociedad donde el hombre no sea un terrible lobo para el hombre. En esos momentos, sin quizá ser consciente plenamente de ello, Arturo Lodeiro se transforma en un hombre de acción, lo que cambiará su vida para siempre.

Arturo, que por esta época se ganaba la vida como cerrajero, se afilia al sindicato libertario CNT, el que contaba con más adeptos, el más combativo, el único del país que tenía el poder de derribar a un gobierno. Desde el último tercio del siglo XIX, la doctrina ácrata de Mijaíl Bakunin se había extendido como un reguero de pólvora por las tierras de España. Ya en una fecha tan temprana como 1872, la Federación Anarquista logró reunir a más de 45.000 militantes en la ciudad de Córdoba, con motivo de una convención. Así lo destaca Hans Magnus Enzensberger: *España es el único país del mundo en el cual las teorías revolucionarias anarquistas de Bakunin se convirtieron en un poder real. Los anarquistas mantuvieron hasta 1936 el control del movimiento obrero español; no sólo eran los más numerosos, sino también los más militantes*. Arturo,

como bien dijo Buenaventura Durruti, llevaba un mundo nuevo en su corazón.

El hombre que hizo el dibujo que acompaña este texto tenía los ojos verdes, la mirada limpia y valerosa, y una sonrisa contagiosa que le confería un aire seductor. Era, por naturaleza, generoso y desprendido, tanto que, un día invernal de frío terrible en que había salido de casa con su abrigo puesto, regresó sin él. Al ver Julia, su compañera, que volvía de la calle sin abrigo, le preguntó que dónde estaba la prenda de vestir, y su respuesta fue que se lo había regalado a uno que tenía más frío que él. Genio y figura.

Arturo amaba más que a nadie en el mundo a Julia Muñoz Ruiz, quien había nacido en 1911 en Villanueva del Arzobispo, un pequeño pueblo situado entre los ríos Guadalquivir y Guadalimar, en la comarca de Las Villas, en la provincia de Jaén, donde pasó una breve temporada Miguel de Cervantes cuando era recaudador de impuestos. Siendo Julia un bebé, la familia decide trasladarse a Madrid, en busca de una mejora en su nivel de vida que el pequeño pueblo jiennense no les puede ofrecer.

Y es en la ciudad de Madrid, en 1935, en un ambiente completamente prebélico, donde Arturo y Julia se conocen, en el bar del Hotel Continental, lugar de encuentro de los libertarios en esa época. Desde el primer momento ambos se dan cuenta de que han encontrado a la persona con la que quieren compartir el resto de la vida. Y lo van a hacer con absoluta libertad, sin sacramentos, sin jueces, sin curas, unidos tan solo por el lazo sagrado del amor. Esa explosión de amor será, sin duda, y sin que ellos sean aún conscientes de su gran trascendencia, el momento más importante en las vidas del hombre y de la mujer, el momento que los marcará para siempre, determinando tanto el presente como el futuro no solo de Arturo y Julia, sino también de la pequeña Julia Lodeiro. Porque transcurrido un tiempo, exactamente el día 25 de febrero de 1940, en un Madrid que había estado sitiado por las tropas franquistas casi tres años, sobre el que habían caído miles de bombas lanzadas por los aviones nazis e italianos noche tras noche, un Madrid que había resistido heroicamente el asedio fascista casi desde los primeros momentos de la guerra, donde escaseaban todos los alimentos de primera necesidad y lo único comestible que había eran lentejas, nació Julia Lodeiro Muñoz, una preciosa niña, de pelo rubio, piel clara y ojos azules.

El mismo día en que iba a ser fusilado, el último día de su vida, la pareja contrajo matrimonio por poderes, “in artículo mortis”, para que su hija no fuera la hija de una madre soltera, pues Arturo ya intuía lo que se les venía encima a la madre y a la niña en aquella nueva España esclavizada por la sinrazón dictatorial de falangistas y curas. Los meses que siguieron al fusilamiento de Arturo fueron terribles para las dos Julias: hambre, miedo, rabia, odio, rencor, y sobre todo, dolor, mucho dolor. Y eso que Arturo, en un alarde de generosidad sin límites, le pedía a su amada Julia en su última carta, la que escribió unas horas antes de enfrentarse al pelotón de fusilamiento, que perdonara: *ya sabes que no quiero rencores, acepta esto con la mayor resignación y considéralo como lo que es, un error*; dejó escrito cuando la muerte ya le andaba pisando muy de cerca los talones.

A Arturo, como a tantos otros hombres y mujeres nacidos en esta tierra inmisericorde, lo fusilaron una mañana primaveral de 1940, hermosa y luminosa, a pesar de tanta muerte y tanto sufrimiento, en las tapias del Cementerio del Este, en un Madrid que, por aquellos días, tiritaba de terror y de muerte. En aquellos mismos muros, la represión franquista asesinó entre 1939 y 1945 a más de dos mil quinientas personas, entre ellas a las Trece Rosas, al amanecer del día 5 de agosto de 1939.

Julia vivió hasta los noventa y un años, justo hasta el mismo día en que cumplía esa edad; pero sin Arturo. Aunque no pasó ni un solo día en que ella no recordara a aquel hombre único al que había amado con toda la fuerza de su juventud. En la soledad de su alcoba, cada noche, justo antes de caer dormida, a Julia le gustaba evocar algunos de los momentos felices que había vivido junto a él, que fueron muchos, a pesar de las cárceles y la guerra.

Arturo había sido detenido el día 14 de junio de 1939. Durante diez largos meses estuvo preso, primero en la prisión de Comendadoras, y más tarde en la de Porlier. Allí, entre aquellos gruesos muros, húmedos y tristes, el anarquista vallisoletano convivió en condiciones infrahumanas con miles de luchadores antifascistas, miles de camaradas que, como él mismo, habían perdido la guerra, y eran víctimas de esa *España inerte y abrumadora que quiere anegar todo*, como dejó escrito el inmortal poeta sevillano Antonio Machado. Tanto en una como en otra cárcel, abundaban los piojos, la sarna, la disentería y las



Lám. 2.- Fotografía de Arturo y Julia durante la Guerra Civil.

enfermedades de todo tipo, en la misma proporción en la que escaseaban la comida, el jabón y la ropa de abrigo para combatir los rigores del invierno mesetario. Tras un juicio multitudinario, al que se le dio una gran difusión en la prensa de la época, celebrado el día 4 de abril de 1940, Arturo fue condenado a la pena de muerte. Huelga decir que dicho juicio no ofreció ninguna garantía jurídica para los procesados.

Arturo dejó numerosos testimonios de los días que pasó en cautividad. Breves cartas escritas en papel de fumar, dirigidas a Julia, donde las letras, las palabras, se amontonan unas junto a otras para poder decir todas esas cosas que se agolpaban en el pecho de un hombre cuyo destino estaba en manos de una jauría sedienta de sangre humana. Luego, esos papeles eran escondidos en los bajos de los pantalones sucios o en los calzoncillos, y de esta manera, cuando Julia se los llevaba para lavarlos, los podía leer en la soledad de su casa.

Ahora, mientras escribo estas líneas, trato de pensar en los momentos de angustia que pasarían los dos enamorados, hasta que esos papeles estuvieran a buen recaudo, en las manos de Julia, en la soledad de su alcoba, y cómo a ella se le desbocaría el corazón, tumbada en la cama, la cara anegada en lágrimas, compartiendo con Arturo sus pensamientos, sus deseos, sus miedos, los recuerdos de días felices, esperando el triste desenlace como un espectador pasivo, paralizada por la impotencia de no poder hacer nada por salvar la vida del hombre al que tanto amaba. En esos papelillos de fumar disfrazados de cartas, Arturo hablaba del día a día en la prisión, de cómo iba

transcurriendo el tiempo, de lo que él y los demás presos hacían allí dentro, de la supervivencia cotidiana, pero también lo hacía, cómo no, de sus sentimientos hacia su mujer y su hija.

El dibujo que ilustra esta historia oculta tras de sí una historia de amistad y fraternidad que ha permanecido viva, prácticamente intacta, más allá del tiempo, más allá de la muerte. Arturo lo hizo para su amigo Luis durante sus días de prisión. Luis también cumplía condena, en Santoña o en Burgos, no lo sabemos con exactitud. En la parte trasera del dibujo, Arturo escribió una dedicatoria en la que se puede leer: *Para Luis, gran amigo y mejor carácter, Arturo*. Después, camuflada hábilmente entre los pliegues de una prenda de vestir, se la dio a Julia para que se la hiciese llegar a su camarada y ella así lo hizo. No somos capaces de precisar con exactitud cómo ese dibujo llegó hasta las manos del amigo, ni podemos trazar sobre un mapa los caminos clandestinos que recorrió, o decir sin temor a equivocarnos en qué cuerpos estuvo escondido ese trozo de papel hasta llegar a las manos de su destinatario, pero sí sabemos que éste lo guardó como el preciado tesoro que era, durante años. Pasado el tiempo, y una vez que Luis hubo cumplido su condena y recuperado la libertad, tuvo ocasión de reencontrarse con la viuda de su amigo. Luis pensó que si había alguien en el mundo que mereciese conservar el dibujo de Arturo, esa persona era Julia; así que se lo volvió a dar, para que la familia lo tuviese como recuerdo imperecedero de la memoria de un hombre generoso y valiente, que fue asesinado, de forma bárbara e injusta, cuando aún tenía toda la vida por delante.

En la actualidad, las cartas, las numerosas fotografías, el certificado de defunción y otros documentos legales, el dibujo que Arturo envió a su amigo Luis, así como algunos hermosos objetos hechos con papel que Arturo construyó en los días aciagos que antecedieron a su muerte, están en manos de Julia Mota Lodeiro, nieta de Arturo, hija de aquella pequeña niña que solo tenía dos meses el día que los asesinos le arrebataron para siempre a su padre. Todo este material constituye un legado, un testamento valioso de la memoria republicana y de la lucha antifranquista. Por eso Julia se ha convertido, por derecho propio, en la más firme defensora de la memoria de su abuelo, Arturo Lodeiro Sánchez, el anarquista de los ojos verdes y la sonrisa eterna.